

cordial. El denominador común de todas estas capacidades, que se establece como fin último y define la educación, es el desarrollo de personas libres, capaces de gestionar sus propias capacidades vitales y morales.

El último arco temático presente en el libro y que quisiera comentar en esta reseña concierne al problema de la neuroeducación, sus potencialidades y sus limitaciones. El autor aboga por una ciencia con conciencia crítica y una ética no naturalista para la neuroeducación. La neuroeducación es una nueva ciencia que combina las tradicionales ciencias de la educación (pedagogía, didáctica) y las neurociencias (neurobiología, neurociencia cognitiva, psicología cognitiva), y que posee un método y léxico propios con los que se contribuye al conocimiento de los mecanismos neuronales subyacentes a los procesos de enseñanza y aprendizaje. Sin duda alguna, el estudio del sistema nervioso permite una mejor comprensión y tratamiento de los trastornos de aprendizaje cuyo origen es neurológico. Ahora bien, el conocimiento acerca del funcionamiento del cerebro puede ayudar a abrir nuevos caminos de investigación en materia educativa, pero siempre sin relegar a un segundo plano los principios pedagógicos y sin dejar de analizar desde una perspectiva ética y crítica las nociones de educación, moral e inteligencia. El autor realiza una viva denuncia de los intentos de conectar el criterio ético con la evolución neurobiológica o la a pretensión de naturalizar la deontología (véase de este autor: «¿Incurrir la teoría del proceso dual del juicio moral de Joshua Green en falacia naturalista?», *Pensamiento*, vol. 72 (273), 2016, pp. 809-826.); es crucial no confundir la ética con fines adaptativos que giran en torno al valor biológico de la supervivencia, ya que de este modo se contribuye a alimentar la falacia naturalista, un reduccionismo miope que priva a la educación de un auténtico fundamento ético. El fundamento ético de la educación nos permite superar los diversos modos de naturalismo (metafísico o científico) y establecer un auténtico criterio de validez moral. Los valores defendidos por la ética no deben imitar

nuestras estructuras cerebrales, que de hecho pueden ser xenófobas y aporófobas (vid. Cortina, A., *Aporofobia, el rechazo al pobre. Un desafío para la democracia*, Paidós, Barcelona 2017). Al contrario, el modelo de educación que defendamos ha de ser establecido en base al modelo de sociedad que buscamos, una sociedad justa. En definitiva, hemos de dar con una adecuada relación entre neurociencia y educación, sin dejar de lado el potencial normativo de la educación ética, que es capaz de conformar y transformar las estructuras neuronales de las personas, como atestiguan los estudios de neuroplasticidad.

A raíz de la lectura de este libro, no puede haber duda de que la educación ética es el mejor garante de progreso frente a una sociedad ideologizada por las lógicas del mercado, de la ciencia y de la tecnología. Ante las graves deficiencias éticas del mundo actual, la llamada a una educación inclusiva y de calidad, comprometida con la justicia social y el rescate de sus objetivos transformadores, se presenta como el único medio de mejora de la salud democrática, la tan necesaria regeneración de la ciudadanía y la lucha contra la exclusión. – MARINA GARCÍA-GRANERO

HAN, B.-C., *La desaparición de los rituales. Una topología del presente*, Herdes, Barcelona 2020, 128 págs.

Byung-Chul Han (Seúl, 1959), filósofo de origen coreano, cuya actividad de investigación y docencia se desarrolla en la Universidad de las Artes de Berlín, ha publicado un nuevo ensayo: *La desaparición de los rituales*. Fiel a su estilo breve, incisivo y conciso, examina la cultura contemporánea desde tres ejes de preocupación: las patologías de la sociedad presente, la erosión de la comunidad y la búsqueda de alternativas para la liberación del narcisismo colectivo que, según su apreciación, existe en las sociedades.

Preocupa a nuestro autor que los rituales desaparezcan, en tanto que acciones simbólicas, dado que estos garantizan una *comunidad sin comunicación*, frente a lo que percibe como tendencia de la sociedad

que es la *comunicación sin comunidad*. Para ello, pondera la acción simbólica como posibilitadora de la percepción de lo duradero y, por tanto, de la permanencia como posibilidad temporal. La acción simbólica acondiciona la sustentación de la comunidad como espacio vital y de estabilidad temporal, quitándole protagonismo a la contingencia a la que tiende la cultura contemporánea. Sin los rituales, el tiempo se desintegra en una sucesión de presentes puntuales sin asidero alguno, le falta repetición. Denuncia con ello la obsolescencia de las cosas que empuja a una producción desmedida y sin horizonte. Argumentos ya habituales de Han desde los días de *La sociedad del cansancio* (Herder, 2012) y del *Aroma del tiempo* (Herder, 2014).

«En el marco ritual las cosas no se consumen ni se gastan, sino que se *usan*». El consumismo denunciado por el autor, tanto material como emocional, provoca que nos avoquemos a un desgaste vital que desestabiliza la existencia provocando ansiedad y adicción. El consumo de las emociones fomenta la autoreferencialidad narcisista y, como consecuencia, la atomización de la sociedad. De aquí que critique la comunicación digital como un medio para el debilitamiento comunitario, una caja de resonancia del propio ego y una plataforma de exacerbación de las emociones.

B.-C. Han desea rescatar de los ritos simbólicos el carácter relacional que subyace en ellos y como se transforman en forjadores de la identidad personal al depender, intrínsecamente, de los vínculos comunitarios; en esto se asemeja a la postura sobre la identidad de Charles Taylor. Lo anterior es trastocado en la sociedad contemporánea ya que exagera la autenticidad como fruto de la individualidad y no del encuentro con la comunidad. La autenticidad, entendida de ese modo, termina atomizando la sociedad. «El culto a la autenticidad erosiona el espacio público, que se desintegra en espacios privados. Cada uno lleva consigo su espacio privado a todas partes». Estas afirmaciones de Han remiten a una renuncia de las relaciones sociales de modo ritual a favor del individualismo

que exhibe la mercancía de lo privado. En la cultura de la autenticidad se alaba lo pornográfico, lo subjetivo, lo informal. Idea ya planteada por el autor en *La agonía del Eros* (Herder, 2014).

Otro aspecto que preocupa a Han es la eliminación de las fronteras y el exceso de apertura que se experimenta en la sociedad contemporánea. Una sociedad sin límites. Todo se hace provisional e inacabado, nada es definitivo, nada concluye o finaliza. El narcisismo se avoca a un constante desafío en el rendimiento que le lleva a no concluir nada: se aumentan las expectativas y las metas se corren más adelante. La insatisfacción aumenta generando exigencias desproporcionadas, mientras no se forjan identidades dado que no se concluyen los procesos vitales y se retrasan las decisiones que les ponen fin. Esto se intensifica, como afirmará en el capítulo cinco, al referirse al afán capitalista de producir que busca sin éxito la anulación de la muerte. La identidad, afirma Han, solo es posible desde una alteridad con la heterogeneidad que rodea al hombre y que permite el límite de la negatividad del otro, por lo que abre paso a la hospitalidad del distinto. La identidad cultural, pues, no es en sí misma generadora de exclusión, si lo es «el infierno de lo global» que lo iguala todo renunciando a la identidad propia y generando, ante la violencia de la eliminación de todo rasgo particular, la exclusión defensiva propia del «fundamentalismo del lugar», donde se arraiga el nacionalismo cerrado a lo distinto. Argumento que había expuesto de manera más extensa en *La expulsión de lo distinto* (Herder, 2017).

Nuestro autor rescata la dimensión lúdica y conclusiva de la existencia al tratar el tema de la fiesta y la religión. Para él, el descanso es constitutivo de la obra creadora. Es una dimensión que se pierde ante la exigencia productiva contemporánea. Exigencia que trae consigo la ausencia del silencio, por tanto, el exceso comunicativo y la renuncia a la vida contemplativa a favor de la vida productiva. El reposo, pues, no solo ha de considerarse en referencia al trabajo, sino como ente posibilitador de la creatividad y la fiesta. La fiesta, como

propulsora de la duración y el ocio, abre al despliegue de la profundidad creadora. Los rituales le quitan el carácter «eventual» a la fiesta y al ocio ya que conducen a vínculos comunitarios profundos y duraderos, propiciando una existencia narrativa.

Otro rasgo del ensayo *La desaparición de los rituales* es que Han denuncia las reglas vaciadas de contenido que generan apasionamientos sin interioridad y una disminución de la cortesía en aras de una defensa moral sin forma. Esto se debe a lo que denomina como un giro copernicano a nivel antropológico, si bien es cierto que Kant abogaba por una producción del saber desde la autonomía del sujeto, esto ha sido hoy sustituido por el *giro dataísta*, la dictadura de los datos, anulando el idealismo y el humanismo a su paso. Los datos, que tienden a dar la sensación de objetividad, no presuponen un ejercicio de análisis o síntesis, sino que desnudan una situación particular y la exhiben con una transparencia sin valoración. Esto es aplicable, para nuestro autor, a temas tan disímiles como la guerra o la seducción. La descortesía de la que se hablaba anteriormente, se extrema hasta llegar a la guerra sin reglas, a la violencia desproporcionada que anula el quehacer político y sucumbe al deseo de la superioridad técnica asemejándola a la superioridad moral. También la seducción se anula en favor de lo pornográfico. Tanto la guerra sin reglas como la exhibición pornográfica son para Han consecuencia de una autorreferencialidad narcisista que busca la mera ventaja, la imposición de una falsa superioridad moral y el placer sin encuentro, sin límite, sin relación (cf. *La sociedad de la transparencia*, Herder, 2013).

Ciertamente, *La desaparición de los rituales* es un texto provocador y que anima a una mirada crítica de la realidad contemporánea. Resulta interesante el rescate de los rituales como elemento de cohesión social y de ruptura con la dinámica consumista aliada al narcisismo colectivo que denuncia el autor. Claro está, los rituales han de tener un componente trascendente que aúne voluntades y genere identidad. Esto no es señalado por el autor

como elemento constituyente, tampoco menciona los elementos que pueden distorsionar los rituales vaciándolos de contenido o llegando a ser plataformas para la manipulación de conciencias. Es nuestro parecer que el autor reafirma muchas de sus ideas anteriores, pero haría falta un estudio del fenómeno ritual con mayor hondura para poder observar sus posibles aportes y deficiencias, además, se han de proponer alternativas viables de *comunidad sin comunicación* a partir de aquello que les trasciende y une. Byung-Chul Han abre una pequeña brecha a la posibilidad de los rituales que deja entrever eso, una posibilidad para la búsqueda de una sociedad más humanizadora y solidaria. Queda la tarea de generar procesos que devenguen en encuentro, diálogo, límite y alteridad, así el rito se convierte en síntesis final de un largo camino comunitario que sostiene la identidad, reparte los dolores y abraza al futuro con la certeza de que no se camina solo. Ojalá podamos continuar ahondado en ello. – CRISTIAN PERALTA NÚÑEZ, SJ.(crperaltasj@gmail.com)

ÁLVAREZ LÁZARO, P. (coord.), *Los límites del Estado. Una revisión krausista con proyección en Iberoamérica*, Universidad Pontificia Comillas, Madrid 2020, 350 págs

Todo homenaje académico a un maestro, especialmente si se escribe *in memoriam*, ha de recorrer los ámbitos de estudio y los enclaves de investigación que este transitó y que inspiró para toda su escuela de discípulos. En el caso de la obra reseñada, su objetivo es honrar la excelencia investigadora de Enrique Menéndez Ureña SJ. Además, aspira a ponderar la memoria de un estudioso capaz de abarcar amplísimas investigaciones —acaso las más significadas sean las dedicadas al pensamiento de Krause—, enhebradas por el hilo recio de la interdisciplinariedad y sustentadas por la erudición de sus tres doctorados en Teología, Filosofía y Ciencias Económicas. En este sentido, *Los límites del Estado. Una revisión krausista con proyección en Iberoamérica* satisface su objetivo con creces,